

EPÍLOGO.

I.

Cuando acabó Margarita de leer el manuscrito de su anciana amiga, ya el sol aparecía iluminando los cielos; pero ni su alegre vista, ni lo que acababa de conocer de aquella vida sin mancha, llevaron ninguna tranquilidad al ánimo acongojado de la jóven.

Su porvenir estaba empañado para siempre, y, por consiguiente, para siempre oscuro.

¡Que no hubiera ella dado por ser solamente desgraciada, sin ser culpable! ¡Qué diferencia entre su breve y borrascosa vida, y la larga y serena de la vizcondesa! ¡Con qué confianza podía esperar ésta que Dios la llamase á una existencia mejor!

Y ella ¿qué podía esperar de lo futuro?

Ya la juventud iba dejando paso al otoño de la vida, y el ocaso reemplazaba al sol, sin haber visto lucir siquiera la aurora del verdadero amor! ¿Dónde buscarlo ya, ni cómo encontrarlo? Margarita no trataba á nadie, y excepto las dos personas que en vez de llenar su vida la atormentaban, no veía á otras, ni con nadie tenía relaciones de afecto y amistad.

—¿Qué haré yo? se decía: ¿cómo empezar de nuevo mi vida? ¿cómo edificar un nuevo presente, para esperar un porvenir? Si hago un esfuerzo supremo y renuncio á ese hombre, ¿á dónde iré? Sola, sin familia, sin amigos, sin recursos, ¿qué será de mí?

Su alma tímida, exhausta de toda fuerza, no veía la salida de lo que le parecía un caos; nada es más necesario para la mujer que adquirir la costumbre de sufrir, y, por decirlo así, la familiaridad con el dolor; cuando en la ocasión precisa no se sufre con valor, los acontecimientos nos dominan, y sufrimos mucho más de lo que esperábamos poder soportar.

Margarita no tenía ninguna entereza de carácter; su descuidada educación la había arrojado al mundo sin escudo, y estaba herida mortalmente; su primer pensamiento, después de leer el manuscrito de la vizcondesa, fué de admiración, casi de veneración; si al terminar la lectura hubiese aparecido la digna mujer que lo había escrito, Margarita estaba salvada; mas el temor de serle importuna la asaltó, y, pasados algunos instantes, otro deseo sucedió al primero en su imaginación versátil y enfermiza.

Sin acostarse, pues la excitación de su sistema nervioso la hubiera impedido dormir, se sentó delante de su tocador, y arregló sus cabellos, pensando en que lo mejor que podía ha-

cer era ir á ver á Luisa, cuya conversación la distraía siempre.

En efecto, á las diez de la mañana llamaba en casa de su amiga, que aún se hallaba en el lecho.

¡Qué diferencia entre aquella morada y la que había visto Margarita en la mañana del día anterior! El desorden, la incuria, mejor dicho, dominaban por todas partes en la casa de Luisa; en su gabinete reinaba una atmósfera pesada y cargada de perfumes; el sofá, las sillas, los sillones, todo estaba lleno de vestidos, de enaguas, de calzado de todas clases y formas; todos los haberes de Luisa estaban reducidos á una corta orfandad, pues no se había casado á pesar de las gracias de su ingenio y de su figura; nadie sabía á qué atribuir su celibato; aunque ella decía que no era su carácter para sujetarse al yugo matrimonial, acaso no había hallado en su carrera ningún hombre bastante valeroso para unirse á ella para siempre, entregándole su nombre y su honor; es lo cierto que Luisa vivía sola y libre como el aire, con pocos medios de vida, y, por consiguiente, con muchas deudas, que no sabía de qué modo pagar.

—Vamos á ver si tienes mejor cara hoy que ayer cuando estuve á verte, dijo tomando la mano de Margarita y atrayéndola hacia sí; y después de un breve exámen, añadió:

—No hay duda, hoy estás contenta... si supieras lo que pierdes cuando te enfadas, no lo harías jamás!... vamos, siéntate en este sillón, que voy á vestirme.

Margarita ocupó el asiento que su amiga la designaba, y extendió la mirada por el aposento; los fuertes perfumes de jazmin y heliotropo que se respiraban allí, embriagaban su débil cerebro; una especie de vértigo la invadía, y todas las ideas de virtud, de orden, de valor y de sacrificio que habian brotado en su alma al leer el manuscrito de Clara, se borraban como una bandada de pajaritos que desaparecen en el horizonte.

Luisa salió de la alcoba envuelta en una elegante bata de merino azul, y con los cabellos artísticamente recogidos en un gorrito de encaje. Margarita la miró con admiración: mucho ménos bella, mucho ménos jóven que ella, esta mujer estaba dotada de mucho más poderosos atractivos:

—Vamos al comedor, dijo Luisa, y nos desayunaremos; porque tú aun no habrás tomado nada, ¿verdad?

—Aún no.

—¡Luego quéjate de dolor de cabeza! ¿por qué te quieres tan mal? ¿por qué no me imitas á mi?

—¡Ah, Luisa! ¡tú eres dichosa!

—Y tú no lo eres porque no quieres serlo;

haz lo que yo; la dicha está siempre al alcance de nuestra mano; el baron mismo podia hacerte feliz: no le impacientes; no te quejes de nada; apláudele cuanto haga, y á su espalda coquetea, diviértete con todos y no tomes cariño á ninguno, empezando por él.

—¿Eso haces tú? preguntó Margarita contemplando en un espejo el contraste que ofrecia su semblante pálido y triste, con el fresco y risueño de Luisa.

—Sí, eso hago, y me va muy bien; ¿crees que yo podria soportar tu mísera existencia? Sola siempre, consumiéndote por si ese hombre va ó no á verte, trabajando sin cesar... pobre Margarita, la vida es segun se toma; muy triste ó muy alegre; toda flores ó toda espinas.

—Yo ya no tengo camino que elegir.

—Piénsalo bien, y te convencerás de lo contrario; al ménos prueba un consejo que voy á darte.

—Di cuál es.

—El de no incomodarte nunca, el de sacar de todo el partido posible; ¿se duerme el baron? cierras el balcón para que no oiga el ruido de la calle y le aplaudes al despertar; ¿vá poco á verte? diviértete en su ausencia; ¿vá mucho? le recibes con inmensa ternura; amiga mia, á los hombres hay que mimarlos y aplaudirlos con exageración, y ésto siempre y de una manera incansable.

—¿Pero y cuándo su conducta hiere á la vez el amor propio y el corazón?

—Si pierdes al baron todo cariño, nada de lo que haga te ofenderá; en cuanto al amor propio, déjalo á un lado por molesto.

—¡Oh! ¡si pudiera! exclamó Margarita.

—Se puede cuanto se quiere.

Margarita pasó dos horas con su amiga, y todas las nubes de su alma se disiparon; salió de allí contenta y animada, y se volvió á su casa.

Mas por la tarde, se sintió poseida de nuevo de fatiga moral y desaliento; todo lo que habia dicho Luisa le aparecia falso de sentido y de lógica; la realidad estaba allí; se veia sola, desgraciada, abandonada de todos; su corazon sentia un espantoso vacío.

—¡Oh! murmuró, por qué habré yo vuelto á ver á esa mujer! ella es mi angel malo, así como la vizcondesa es mi angel bueno! Acaso la Providencia ha puesto á ésta en mi camino para que me salve... es preciso que yo la vea, que oiga su dulce y elocuente palabra... sí, es preciso, es preciso...

Y Margarita cambió de traje á toda prisa, bajó la escalera y se dirigió á casa de la vizcondesa.

Era cerca del anochecer.

II.

Una paz inexplicable, un alivio indecible se hizo paso en el corazon de Margarita, y arrojó la angustia que la atormentaba, llenando el inmenso vacío que en él habia.

La vieja sirvienta la precedió al saloncito, y avisó á su señora.

Despues de un instante, la puerta de comunicacion con el dormitorio se abrió, y la vizcondesa apareció, trayendo cogida de la mano á Pepita, su pequeña protegida.

Esta se hallaba desconocida; llevaba un vestido nuevo de percal, bien cortado y bien hecho, un delantal blanco y unos zapatos proporcionados á sus pequeños piés.

La fisonomia de la niña estaba trasfigurada; sus ojos tenian una expresion dulce, como todas sus facciones, y parecia más alta y más esbelta con la buena hechura de su traje y con sus espesos cabellos negros, trenzados y peinados con esmero.

La vizcondesa saludó afectuosamente á Margarita, y luego dijo á la niña:

—Ahora, despacito, vas limpiando el polvo de la sala, me preparas el sillón, el velador al lado, y sobre él los libros y el rosario; ¿sabrás hacerlo?

—Sí, señora; pondré mucho cuidado; ¿quiere Vd. que despues haga el té?

—Eso lo hará Francisca.

—Yo sé hacerlo ya, señora, respondió Pepita.

—¿Quién te ha enseñado?

—Yo he mirado á Vd. con mucha atencion cuando lo hacia, para aprender, y ya sé.

—¿De modo que te has empeñado en ser tu solita quien me sirva?

—¡Oh, sí, señora! Yo sola, en todo cnanto pueda! ¡La quiero á Vd. tanto!... ¡Estoy aquí tan bien! Vd. me quiere, no me pega, me da buenas cosas para comer... ¡Oh, si me enviara Vd. de nuevo con mi tia, me moriria de pena!

—No, no te enviaré, hija mia! repuso abrazándola la anciana; me acompañarás hasta mi muerte, y tu adolescencia, si llego á verla, esmaltará aún de algunas flores el camino de mi vida!

—¡Y qué, señora! preguntó Margarita, en tanto que la niña, contenta con aquella caricia, salia saltando como un pajarillo, ¿la caridad de Vd. se ha hecho cargo de esa niña?

—Sí; la conocia de verla en mi paseo cotidiano, y me causaban pena su orfandad, su abandono y el mal trato que le daba la mujer que la tenia recogida.

—Pero yo he visto en el manuserito que tuvo Vd. la bondad de darme, que su situacion no es holgada.

—Soy pobre, pues que tengo que vivir de mi

trabajo; pero aún puedo ayudar al que es más desvalido que yo. Soy vieja; pero esa niña de siete años es más débil que mi vejez.

—¿Y va Vd. á trabajar para ella?

—Con el más grande placer... tenia una pequeña cantidad ahorrada para el caso de una enfermedad, y se la he dado toda á la familia de Pepita, para que me la ceda; la niña es mia, pues la he comprado.

—¿Y de qué le sirve á Vd. esa criatura?

—¡De qué me sirve! repitió la anciana, cuyos dulces ojos brillaron de entusiasmo y de alegría, ¡de tener á quién amar! ¡de hacer el bien! ¡Esa niña será mi hechura! ¡Yo la sacaré de las tinieblas de la ignorancia! ¡Yo la haré amar la virtud, el trabajo! ¡Yo la enseñaré á conocer y á adorar á Dios! ¿Qué más puedo desear, que el inmenso placer que ya siento en el alma, al pensar en la redencion que voy á llevar á cabo?

Margarita guardó silencio durante algunos instantes, y despues dijo:

—He leído, señora vizecondesa, el manuserito que Vd. se sirvió darme, y he visto por él que ha sido una mártir...

—¡Es posible! exclamó sencillamente la anciana, ¿se ha equivocado Vd. hasta ese punto? Yo creo no haber hecho más que mi deber.

—¿Llama Vd. deber á sacrificarse siempre y por todos? preguntó asustada Margarita.

—Es un deber que despues de cumplido nos da mucha felicidad: la sola que se puede disfrutar en esta vida.

—¡Como! ¿No se puede esperar otra ventura más que el recuerdo de haberse sacrificado por los demás?

—Hija mia, repuso la vizcondesa, tomando la mano de Margarita y fijando en su semblante entristecido una mirada maternal; hija mia, el deber es rudo y severo; para cumplirlo se necesita valor y abnegacion; pero si se llega á cumplir, el alma gusta una paz deliciosa y que ninguna otra cosa le proporciona. Haga Vd. siempre su deber, y deje que suceda lo que quiera.

—¡Oh, señora! ¡Es tan difícil marcar al deber un límite!

—Todos conocemos el nuestro; si no le cumplimos, es por una indigna cobardía del corazón, y no crea Vd., mi querida amiga, que yo marco al deber límites rutinarios ó convencionales, no; hay deberes morales que el mundo no vé, y que la conciencia comprende muy bien. Esta es el verdadero regulador; consúltela Vd. querida mia, y ella la aconsejará y ayudará á salir de su congojosa situacion.

—Pero una vez fuera de ella, ¿no caeré en otra más dolorosa y más aislada?

—Es posible, y aún es casi seguro.

—Señora, exclamó Margarita con exaltacion;

yo vengo aquí para que Vd. me aconseje y me dirija ¿Qué haré?

—Romper al instante las relaciones que son el tormento y el oprobio de su vida; no ver más al baron; condenarse á la soledad de su casa, al trabajo, ya que no puede Vd. volver con su marido, y vivir solo para Dios.

—¡Oh, pero eso es horrible! ¡Renunciar á todo, verse condenada al aislamiento más completo! y ¿para qué? ¡Mi reputacion está ya empañada para siempre!

—La sociedad tiene la misma facilidad para condenar que para olvidar; algunos años de vida retirada y regular, le darán en ella un sitio honroso.

La vizcondesa se levantó, dando así á entender á Margarita que no podia concederle más tiempo.

—Adios, hija mia—le dijo;—para salir del fatal camino en que está, cuente conmigo, pero cuente sobre todo consigo misma; pida valor al Cielo, y esté segura de que se lo concederá.

Margarita halló brusca esta despedida, y se sintió herida; aquella débil naturaleza necesitaba y exigia que se le alentase, que se le animase incesantemente. Acaso la anciana lo comprendió así; pero se dijo que la sola manera de darle alguna fortaleza, era dejarla reflexionar á sus solas.

—Adios Margarita, le dijo: mis deberes me

esperan y no puedo concederle más tiempo, bien á mi pesar. ¿Podré ir á verla á su casa?

—Sin duda, respondió Margarita.

—¿Va Vd. á venir mañana?

—Procuraré hacerlo.

Margarita se inclinó, contrariada y afligida, y salió de la estancia. Mil pensamientos tumultuosos bullian en su mente; no sabia lo que deseaba, pero sentia un malestar hondo y profundo, que ella misma no sabia explicarse.

—¡Pobre mujer! murmuró la vizcondesa al verla salir: esa gran debilidad de carácter, ese desarreglo de la imaginacion, esa sensibilidad irrazonada, la llevarán al fin al precipicio. ¡Oh! si las madres supieran lo grande que es su mision, la cumplirian mejor, educando á sus hijas para la lucha y la virtud!

III.

El baron comprendió, al fin, que todas las ilusiones respecto de él se habian agostado en el alma ardiente de Margarita, y se dió el más cumplido parabien.

No era una pasion íntima y recíproca lo que más podia agradarle, y aunque al empezar sus relaciones con aquella lo habia creído así, bien pronto se convenció de que le eran más fáciles,

más agradables, y ménos costosas por todos estilos, las conquistas numerosas y variadas.

—Me agrada más la mucha cantidad que la buena calidad, decia una noche en el Casino á sus amigos; las relaciones largas son comprometidas, y más para un hombre casado.

Como es de suponer, todos le dieron la razon; sin embargo, no sabiendo como deshacerse de lo que era para él un compromiso grave, puesto que Margarita no le daba ningun motivo de rompimiento, empezó á pensar en la posibilidad de que ella pudiera despedirle, con lo cual su *delicadeza*, como él decia, quedaba á salvo.

Acabó, pues, de tener miramientos con la pobre Margarita. A la verdad no le costó mucho trabajo, pues la alegre y vacía charla de Luisa, sus inagotables anécdotas, la noticia que tenia de todas las pequeñas cosas que pasaban en Madrid y sus continuas coqueterias con él, le distraian alegremente las pocas veces que pasaba la velada al lado de Margarita.

Con esta agradable amistad y con el cultivo de otras varias de fecha antigua, el baron, hombre de mundo, de posicion y de buenas fortunas amorosas, ademas de su muy sólida fortuna material, se halló como el pez en el agua, y no volvió á casa de Margarita despues de la noche en que esta, enojada por su actitud soñolienta é indiferente, le despidió para empezar á leer el manuscrito de la vizcondesa.

Margarita le esperó en vano muchos días; su corazón solitario se había asido á aquel afecto; la costumbre había ayudado con su dulce pendiente: lloró aquella conclusion tan fria é indignamente calculada, y sintió que nuevas fibras se rompian en su corazón.

Luisa fué á verla, y la halló sombría y abatida; apenas le contestó; pero cuando su habilidad de mujer de mundo pudo al fin romper la barrera del amor propio de Margarita, y vió asomar á los ojos de ésta las primeras lágrimas, le dijo:

—¡Olvidale! ¡Era un perpétuo estorbo en tu vida; era un carácter díscolo, duro, exigente; otro cualquiera te hará más feliz!

—*¡Otro cualquiera!* Estas palabras resonaron en el corazón de Margarita como en un sepulcro. Para ella ya no había esperanza de ser amada en la tierra.

Luisa iba á verla cada dos ó tres días, y así se pasaron tres meses. Margarita iba á verla también; Luisa la encontraba siempre triste y meditabunda. Un día que se había separado de ella más preocupada que de costumbre, fué á visitarla y no la encontró.

Volvió y no estaba tampoco; en vano la esperó en su casa. Margarita no apareció.

Así trascurrió un año.

Una noche, cerca de la una, pasaba el barón por la Carrera de San Jerónimo para ir al Ca-

sino, á concluir su noche: al llegar á la esquina de la calle de Sevilla hoy en derribo, y entonces tan angosta como bulliciosa, oyó una voz delgada que hablaba con el acento de la cólera y del reproche.

En el corazón del hombre de mundo sucedió una cosa extraña: le pareció que una mano de hierro se lo extrujaba; había reconocido la voz de Margarita y su delicada figura.

—¡Eres un canalla! decía apoyándose en la esquina, y dirigiéndose á un hombre muy jóven, pero cuyo traje indicaba la miseria, esa miseria horrible y angustiosa que se cubre con la levita que ha costado setenta pesos, y que ya, por lo vieja y raída, no sirve ni para espanta-pájaros: sí, eres malo holgazan, y la pasión del juego te pierde y á mí también.

El barón se detuvo en la acera de enfrente, se colocó en la sombra y escuchó.

—¡El juego, el juego! repitió el galán, quitándose su sombrero abollado, rojo é informe, en fuerza del uso, y colocándolo de lado: ¿pues he jugado yo hoy?

—¡Y has perdido, que es lo desastroso! ¡te llevastes los dos únicos duros que yo tenía, y pensé que hoy pagarías la cena para los dos!

—La pagaré mañana.

—¿Con lo que ganes, verdad?

—Precisamente, y para eso haré lo que hoy no hice. Jugar.

—¡Ernesto, dijo la pobre mujer, con voz alterada, me matas... y ojalá fuera pronto... ¡Esta vida no es ya soportable para mí!...

—¿No te quiero? le preguntó poniendo los ojos en blanco el galán: ¿qué culpa tengo yo de que seamos pobres?

—¿Por qué no trabajas como yo? ¿No bordo todo el día, y no pinto por la noche cajas para dulces?

—Y yo ¿no escribo?

—¡Sin ganar un cuarto!

—¡Con el tiempo ganaré!

—¡Con el tiempo! Ernesto, yo no soy ya joven como tú: á mi edad, con lo que yo he sufrido ya, no hay tiempo ni valor para esperar...

—Pues hija mia, haber elegido por amante otro hombre que no fuera escritor.

—¡Pero si tú no lo eres! ¡si no te pagan lo que escribes! ¡si no te lo pagarán nunca!

—Hoy te toca á tí; mañana me tocará á mí: pero mira, para hablar estamos mejor en casa.

El futuro grande hombre se ladeó el sombrero, hizo una pirueta con aire desvergonzado y ofreció el brazo á Margarita, que se apoyó en él maquinalmente.

Los dos se perdieron en la sombra.

El baron llegó al Casino.

Unó de sus amigos fumaba recostado en un sofá: el hombre de mundo se sentó á su lado y le dijo chupando tambien un rico habano.

—¿Se acuerda Vd., marqués, de aquella amiga mia, de la que me enamoré de veras, y que me tuvo *sujeto* algunos años?

—¿De aquella rubita *mal casada*?

—Precisamente: acabo de verla y traigo el corazón contristado.

—¡Hombre, hombre! ¿aún la quiere Vd.? ¡pues *vuelva Vd. con ella*!

—¡Imposible! ¡ha caído del todo! La he visto ahora mismo con un pollo... con un muchacho, mucho más joven que ella.

—¡Lo de siempre! repuso el marqués: gallina vieja, trigo verde. ¡Pierden la cabeza las mujeres! Qué á nosotros nos gusten las pollas se comprende; pero ¡que ellas olviden el pudor, hasta ese extremo!

—¡Pero si aún no he dicho lo grande! repuso el baron: si es que el pollo, es un perdido, *un nadie*, un desarrapado, que inspira ganas de darle cordel para que se ahorque... ella le mantiene.

—¡Ella! ¿es rica?

—Borda para las tiendas y pinta cajas para dulces.

—Querido baron, si Vd. mira á esa mujer, no vuelva á saludarme: comprendo á la mujer que toma, que pide, que nos arruina: á la mujer que da... no hay nada más *cursi* y más desentonado, que el conocerla siquiera.

IV.

«Margarita á la Señora Vizcondesa de la Torre.»

31 de Diciembre de 1878.

«Voy á morir, señora: la vida es una carga tan pesada para mí, que me agobia: la he soportado en tanto que me ha sido posible; nadie está obligado á más que á lo que puede; y Dios tendrá en cuenta las condiciones con que me dotó al nacer.

«Al dejar la vida, solo de Vd. me despido: esta carta es la única que escribo; tambien escribiré un renglon donde diga que no se acuse á nadie de mi fin, porque yo soy quien se abraza con la muerte, pidiéndola el descanso que solo puedo hallar en su seno.

«Vd. comprende como yo, mi respetable amiga, que mi vida está truncada, rota, y que nada ni nadie puede darle condiciones soportables: dejé á mi marido, y busqué la compañía del corazon en unas relaciones que me parecieron serias, y que creí que durasen tanto como mi vida, y me engañé por segunda vez, como me habia engañado al casarme; la costumbre y el hastío rompieron de comun acuerdo aquellos lazos, que Vd. me aconsejaba cortar: quise vi-

vir sola y trabajar, y Vd. ha sido testigo de mis esfuerzos para conseguirlo: el trabajo no me asustaba: pero la soledad material, y más la moral, eran superiores á mis fuerzas... Probé á querer de nuevo, y desde que di entrada á aquella afeccion, no me atrevi á volver á ver á Vd... Un presentimiento sordo y doloroso me anunciaba que caia aun más abajo en la terrible pendiente de la condenacion social.

«Dos años he llevado sufriendo el más cruel martirio: mi amante, más jóven que yo, me ama á su manera; pero es un niño depravado y cruel, que ni estima á nadie ni nadie le estima á él; que vive como un hijo de las sombras, que no sabe nada, ni tiene valor para buscar trabajo, ni la sana costumbre del mismo.

«La fatal necesidad de ternura que siente mi corazon, me ha cegado: si ese hombre me ama de una manera viciosa, yo no le amo absolutamente: desde que se empiezan á ver los defectos, se apaga el amor: la pasion todo lo excusa, porque es ciega: yo no he sentido nunca una pasion de esa especie, no espero sentirla ya, y antes que ir cayendo más y más en el abismo de la vergüenza, me despido de la vida.

«Feliz Vd., señora, cuya razon ha sido bastante fuerte, cuya reflexion ha sido bastante sólida, para preservarla de todos los escollos: se abrazó á la cruz del sacrificio, y la cruz le ha servido de escudo: su vida ha sido sin mancha:

¡yo devuelvo á Dios la mia, para no mancharla más! Cuando llegue ésta á manos de Vd. ya habrá algunas horas que duerme el eterno sueño, aquel del que no se despierta jamás,

Margarita.»

Al acabar la lectura de esta triste carta, la vizcondesa se levantó como movida por un resorte, se puso un chal negro sobre su traje de casa, y se lanzó á la calle: eran ya las diez y media de una noche fria y lluviosa.

—Señora, ¿quiere Vd. que la acompañe? No vaya Vd. sola, exclamó la vieja sirvienta.

—Sí, sí voy sola—respondió la vizcondesa; vuelvo al instante.

Con paso rápido cruzó el largo espacio que separa la calle de las Huertas de la de Santiago, y llegó á la casa en que habitaba Margarita.

Llamó á la puerta y nadie contestó, aunque lo hizo repetidas veces: entonces bajó la escalera y dijo al portero:

—Vaya Vd. al momento á avisar al alcalde de barrio: la señora del cuarto tercero está muy mala sin duda.

—Calla, ¡por eso no la hemos visto salir hoy; dijo el portero; ni abrio al otro...

—¿No ha venido nadie á verla?

—Don Adolfo: ese pollo que no sale de su casa, ese *pérdis*.

—¡Basta, basta! interumpió la vizcondesa, ¡avise Vd. al alcalde al momento!

—¿Pero y si me culpan de algo? dijo el portero vacilante.

—No tema Vd.: tengo yo en mi poder una carta que lo aclarará todo.

El portero, sin mas observaciones, volvió poco despues con el alcalde y dos agentes de orden público.

V.

La puerta fué abierta por un cerrajero, y la vizcondesa precedió á la justicia.

Tendida sobre su lecho, y en los brazos de la muerte, conservando una postura dulce y modesta, se hallaba Margarita: estaba completamente vestida, y su traje acusaba la serenidad de su espíritu y lo firme de su resolucion, al buscar el descanso eterno de la otra vida: llevaba un traje de seda negro, hecho con gran elegancia, una gola de encaje blanco, y una cruz de coral, pendiente de una cinta de terciopelo que ceñia su blanco cuello: los pendientes, y el peine que sujetaba sus espesos cabellos rubios, eran tambien de coral: ¡últimas y modestas joyas de tan escaso valor, que no habian podido ser vendidas ó empeñadas, y que

Margarita se había puesto como sus galas posteriores!

Sus pequeños piés, admirablemente calzados con unas botitas de satén, se cruzaban graciosamente, como si durmiese; sus manos de niña, blancas y transparentes, saliendo de una delicada nube de encajes, estaban cruzadas sobre su pecho, y dejaban descubierta una bella camelia, puesta al fin del escote en forma de chal del corpiño: un bucle de cabellos medio deshecho, desprendido de su peinado, caía sobre la negra seda del traje, ofreciendo un delicioso contraste.

La fisonomía de Margarita se había inmobilizado en un dulce bienestar: la muerte había borrado en aquellas facciones toda huella de cuidados y de tristezas: una media sonrisa dejaba ver la fila de blanco esmalte de sus dientes: sus ojos entreabiertos mostraban la línea azul de las pupilas, entre la doble y sedosa franja de sus pestañas de un castaño claro.

Sobre la mesa de noche, y á la cabecera del lecho, había una copa grande, cuyo cristal estaba empañado con una capa blanquecina: en el fondo de éste el tinte era más compacto, y estaba aun ligeramente humedecido: el contenido se había apurado: junto á la copa había un renglon que decía:

“Yo misma me doy la muerte, porque me cansa la vida.
Margarita.”

Todo el aposento estaba en el orden más perfecto: sobre el velador se veía un pañuelo con una marca bordada y concluida: una tarjeta colocada sobre él decía:

“Se entregará en la tienda núm. 17 de la calle del Cármen.”

Dos cajas para dulces se hallaban en una mesa llena de colores y pinceles, igualmente barnizadas: entre las dos otra tarjeta encargaba que se entregasen en una confitería de la vecindad.

Las cortinas de la alcoba estaban descorridas. Margarita había querido morir viendo aquel aposento, donde tanto había llorado, y donde había alimentado todas sus ilusiones de una dicha que no conoció.

Antes que descender al abismo del vicio, quiso morir rodeada de la dignidad y el decoro que instintivamente había adorado toda su vida.

La vizcondesa se lanzó hácia ellecho, y tocó sus manos: estaban heladas: un médico de la próxima casa de socorro, que llegó á los pocos minutos, dijo al verla:

—Hace que ha espirado ocho horas: al anochecer ha bebido arsénico, y su vida se ha apagado con el día

La vizcondesa ordenó que los agentes de orden público hiciesen rodar el lecho hasta el centro de la habitación: el portero, que era amigo

del sacristan de Santiago, se ofreció á buscar cuatro candeleros grandes de madera de los llamados blandones: la vizcondesa le entregó una moneda de plata, y le encargó que comprase cuatro hachas de cera.

Ella misma encendió las luces á los cuatro ángulos del lecho, y se puso á rezar de rodillas, cruzando las manos con fervor: estas fueron las únicas oraciones que tuvo la pobre muerta, tan tierna, tan buena, tan capaz de amar, y tan digna de ser querida.

Todos se retiraron: el portero ofreció quedarse á velar con la vizcondesa.

—Puede Vd. quedarse, pero en el comedor, dijo Clara: yo le gratificaré: aquí velaré y rezaré yo sola.

Durante las horas de aquella larga noche, una alma pura y noble elevó al cielo sus más fervorosas plegarias por el alma desdichada que no habia podido resistir las luchas de la vida, y ofreció á Dios todo el bien que pudiera hacer en el resto de la suya, por el descanso de la que tanto habia sufrido.

Al amanecer escribió Clara con lapiz dos renglones en una tarjeta suya, y las remitió por el portero á su confesor, el capellan de las Trinitarias, rogándole que fuese á rezar un responso por el alma de una pobre suicida.

El digno sacerdote, amigo antiguo de la vizcondesa, llegó al instante: era un anciano

venerable, con el cabello blanco, que conocia bien las luchas de la vida y sus sombríos problemas; rezó con fervor y rogó á Dios por la desdichada que habia muerto sola.

A las nueve se oyeron los pasos de una persona en la antesala; el portero la dejó pasar y se asomó á la puerta: era un hombre joven y de buena presencia, pero desastrosamente vestido, y llevando en su rostro las huellas de una reciente embriaguez.

Atraido por el resplandor de los cirios, dirigió al fondo de la estancia una mirada escrutadora: pero así que fijó los ojos en el cadáver, echó á correr despavorido, temiendo las pesquisas de la justicia por su vida ociosa y desordenada.

La vizcondesa no abandonó el cadáver hasta que el dia siguiente por la tarde se le dió tierra, en el oscuro rincon de un cementerio destinado á los suicidas; el capellan de las Trinitarias, que le acompañó tambien, rezó sobre la tierra que cubria los despojos de Margarita las últimas preces, y Clara mandó poner una cruz de madera negra, y pendiente de sus brazos una corona de siemprevivas.

Clara, despues de dejar á su desdichada amiga acostada en su lecho de tierra, fué por sí misma á entregar el bordado y las cajas para dulces á sus respectivos dueños: con el importe del trabajo, encargó decir misas por el descanso eterno de Margarita.

Cuando despues de cumplir todos estos deberes, la vizcondesa volvió á su casa, ya bien adelantada la noche, se dejó caer desfallecida en un sillón de su dormitorio; era el último día de Diciembre, y el año cerraba para ella con impresiones bien tristes.

—¡Pobre Margarita! murmuró: ¡tenia razon! para la existencia que se desquicia, no hay otro remedio que la soledad y el retiro! ¡no tuvo valor para seguir el austero camino que yo le tracé! ¡su única falta ha sido el no haber tenido fuerzas para soportar la vida, que es más difícil que buscar la muerte!

Pepita entraba en aquel instante, alegre y cantando como un pajarillo.

—Ven hija mia, dijo la anciana: reza conmigo para que Dios acoja un alma dolorida en su seno: para que la juzgue, no segun su justicia, sino segun su misericordia.

La vizcondesa sentó á la niña sobre sus rodillas, hallando en aquella inocencia un consuelo á su tristeza: la luna, rasgando el nebuloso cielo de aquella noche de Diciembre, penetró por los cristales de la modesta habitacion: el reloj de la vecina parroquia, dando las doce de la noche, cerró el año 1875 y señaló en su horario el nuevo, que la pobre Margarita no tuvo el valor de ver empezar en esta tierra de dolor.

FIN.

EL ULTIMO AMOR.